



SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

**“Tal comienzo de los signos hizo Jesús, y
manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 62, 1-5; Primera Carta a los Corintios 12,4-11; Juan 2,1-12

Con la Fiesta del Bautismo del Señor, celebrada el domingo pasado, concluía el “Tiempo de Navidad” para dar paso a la secuencia de domingos, que durante el año configuran el llamado “Tiempo Ordinario”. Pero todavía el evangelio de hoy –las Bodas de Caná- nos retiene en el ámbito de las tres “manifestaciones” que la liturgia conmemora como “Epifanía del Señor”: a los Magos que vienen del Oriente, al mismo Jesús del bautismo en el Jordán y la de la Boda en Caná, que el evangelio de Juan propone como el “inicio de los signos de Jesús”.

Con frecuencia, el comentario de este episodio suele centrarse en torno al milagro de la conversión del agua en vino ante la sorpresa del novio y de los invitados. Pero la lectura del evangelio de Juan generalmente nos invita a no quedarnos en la consideración material del “signo”, sino a adentrarnos en su significado más profundo.

En la Biblia, en el Primer Testamento, que es el contexto y referencia para el Segundo y para los evangelios, la imagen de la “boda” constituye un símbolo mayor para expresar la Alianza de Dios con su pueblo. Los profetas acudirán con frecuencia a su simbolismo para referirse a la frecuente infidelidad del pueblo, lamentada y siempre luego desbordada por la gratuita e incondicional misericordia y fidelidad de Dios. ¿Cómo no recordar los expresivos y apasionados requerimientos del profeta Oseas (cap. 2)? En ese sentido podríamos decir que para interpretar el “signo” de Jesús en Caná de Galilea habría que centrarlo más en el símbolo de la “boda” que en el agua convertida en vino.; aunque no habrá que dejarlo de lado.

La lectura de Isaías 62 corresponde a lo que suele designarse como “tercer Isaías”. Retornados del destierro en Babilonia, comienza una nueva realidad para el pueblo, afianzada en la promesa de una presencia de Dios, que se expresa de forma gozosa y nupcial: “porque Yahvé se complacerá en ti, y tu tierra será desposada, Porque como se

* Ciclo C

casa joven con doncella, se casará contigo tu edificador, y con gozo de esposo por su novia se gozará por ti tu Dios". La imagen es audaz y expresiva. El Dios, del que se dirá que "es amor" (1Jn. 4,8.16), se goza amando y ofreciéndose por la vida de su humanidad amada. La imagen del amor humano le parece a Dios la mejor metáfora para expresar el amor apasionado de Dios por su pueblo. El "Cantar de los Cantares" será la más viva y hermosa traducción de esa metáfora. Igualmente convendría acercarse a las parábolas en las que se habla de invitación al banquete de bodas. Boda, banquete, comensalía abierta son para Jesús los grandes signos del Reino

Aclarado ese trasfondo bíblico es posible acercarse a interpretar el texto del evangelio. El primer "signo" de Jesús no parece radicar en el poder milagroso que saca de apuros a los jóvenes novios, sino en dar a entender que, en su presencia humana, tan cercana, incluso a las pequeñas necesidades de la gente, se inaugura la nueva y definitiva Alianza de Dios con la humanidad, el nuevo pueblo de Dios. La imagen bíblica de las bodas –sea o no estrictamente histórico el relato– enmarca bien el sentido de lo que Juan presenta como el inicio de los signos de Jesús.

"Se celebraba una boda en Caná de Galilea". La madre de Jesús y Jesús mismo estaban invitados. Posiblemente un pariente cercano. La "madre de Jesús" –así la denomina Juan también en el Calvario– parece atenta a la situación incómoda que se presenta para los novios. Transmite su preocupación a Jesús: "no tienen vino", La respuesta de Jesús suena a indiferencia, justificada en una cierta conciencia de su misión: "Aún no ha llegado mi hora". El tema de la "hora" está muy presente en el evangelio de Juan. La Hora –"mi hora"– es la de su "glorificación": la cruz, indesligable de la resurrección. La madre no repara en la respuesta, aparentemente distante; sino, confiada –conoce lo suficiente a su hijo– se dirige a los sirvientes con aquellas palabras: "Hagan lo que él les diga", muy en consonancia con aquellas con las que había respondido al ángel: "Hágase en mí según tu palabra" Las palabras de María, mujer judía, hacen pensar en la respuesta del pueblo reunido por Moisés en el Sinaí: "Haremos todo lo que ha dicho Yahvé".

Es de resaltar la iniciativa de la madre de Jesús al comienzo de sus signos, como también la descubrimos presente en el último de ellos: "la cruz" (19,25-27). María, siempre en presencia discreta, no se considera centro sino indicadora de camino hacia Jesús. Sería bueno tomarlo como criterio para algunas exageraciones de la piedad mariana. Tiene su lugar adecuado en una espiritualidad cristocéntrica, no fuera o al margen de ella.

Llama la atención la sobreabundancia del don de Jesús, expresada en la calidad superior del vino y en la cantidad, "seis tinajas". Pero debemos fijarnos sobre todo en el contraste simbólico entre las tinajas dedicadas a las purificaciones rituales de los judíos (régimen de la Ley), repletas ahora del vino nuevo (régimen de la nueva Alianza que Jesús inaugura con su presencia). Las palabras del mayordomo al novio: "Tú has guardado el vino bueno hasta ahora" son altamente significativas. Jesús, y su anuncio del Reino, es el vino nuevo, que "no hay que echar en vasijas viejas" (Mc. 2,22).

“Tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos”. En el evangelio de Juan se designan como “signos” las acciones de Jesús. Son “manifestación” (epifanía) progresiva de su persona y de su acción salvadora; La comunidad y el evangelista los retienen y ponen por escrito “para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre” (Jn. 20,31). Esa es la intención con que fueron surgiendo los evangelios y con esa misma intención deben ser leídos e interpretados, tanto en la proclamación litúrgica como en la lectura personal. La vida familiar, profesional o política son realidades profanas, pero podemos convertirlas en “signos” del Reino que ya actúa en la historia. Humanizar, respetar y promover la vida de los pobres ya es evangelizar. Olvidar ese objetivo –¡ya dos años sin que nadie asuma responsabilidad ante la muerte violenta de más de cincuenta hermanos y ciudadanos!– es lo contrario de lo que quiso manifestar Jesús en Caná. Él revela la vida como sentido y criterio de la acción inspirada en Dios; la muerte causada al otro es lo contrario.

Una última observación. Las acciones que manifiestan la llegada del reino no necesariamente han de consistir en obras religiosas, espirituales. El agua y el vino, las bodas son realidades humanas, profanas. Realizadas para el bien y la felicidad de quienes se encontraban en una situación difícil se convierten en “signos” evidentes de que con Jesús el Reino de Dios ha llegado y se hizo presente.

La segunda lectura, de la primera carta a los Corintios, responde a situaciones y tensiones que se vivían en esa comunidad, al parecer rica en carismas. Pablo establece un principio fundamental: todos los carismas son dones de “un mismo Espíritu... para provecho común”. Un buen criterio de discernimiento de aplicación actual. Cuando uno se enorgullece de su carisma fundacional como si fuera el mejor, exclusivo y excluyente de los demás, se vive sin insertarlo en la Iglesia y pensando solamente en el provecho del grupo, habría que concluir que no proviene del Espíritu Santo. Por extensión congruente se podría ampliar el dicho de Pablo: los dones del Espíritu a la Iglesia han de ser puestos al servicio de la humanidad y de manera más precisa al servicio de los pobres. Es lo que el Vaticano II planteaba con la fórmula de la Iglesia como “sacramento universal de salvación” y atenta a los “signos de los tiempos”. En América Latina y con Francisco se prolonga y precisa en una “Iglesia en salida”, “Iglesia de los pobres y para los pobres”. Al comenzar el año se nos invita a convertir el agua de nuestras relaciones humanas, muchas veces opresoras, en vino de fraternidad y de justicia que regocije la vida de los más sufrientes y olvidados.